

Stendhal

Del amor

Traducción, prólogo y notas
de Consuelo Berges

Seguido de:

Amor en Stendhal

José Ortega y Gasset



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *De l'amour*

Primera edición: 1968

Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Antonio Canova: *Venus y Adonis* (detalle).

Villa La Grange, Ginebra.

© Álbum

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de «Amor en Stendhal»: Herederos de José Ortega y Gasset

© de la traducción: Fundación Consuelo Berges

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1968, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-195-4

Depósito legal: M. 15.672-2018

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo, por Consuelo Berges
43	Del amor
45	Prólogos
63	Libro primero
63	1. Del amor
67	2. Del nacimiento del amor
71	3. De la esperanza
74	4.
75	5.
76	6. La rama de Salzburgo
78	7. De las diferencias entre el nacimiento del amor en uno y en otro sexo
81	8.
85	9.
85	10.
88	11.
89	12. Continúa la cristalización
91	13. Del primer paso, del gran mundo, de las adversidades
93	14.
96	15.
97	16.
99	17. La belleza, destronada por el amor
100	18.

102	19. Continuación de las excepciones de la belleza
105	20.
106	21. Del primer encuentro
109	22. El espejismo
110	23. Del flechazo
114	24. Viaje por un país desconocido
121	25. La presentación
124	26. Del pudor
133	27. Del mirar
133	28. Del orgullo femenino
142	29. De la valentía de las mujeres
146	30. Espectáculo singular y triste
147	31. Extracto del diario de Salviati
157	32. De la intimidad
163	33.
164	34. De las confidencias
168	35. De los celos
174	36. Continuación sobre los celos
177	37. Roxana
180	38. Del puntillo de amor propio
187	39. Del amor querrelloso
193	39 ^{bis} . Remedios para el amor
196	39 ^{ter}
199	Libro segundo
199	40. De las naciones en relación con el amor. De los temperamentos y de los gobiernos
202	41. De Francia
207	42. Continuación de Francia
210	43. De Italia
214	44. Roma

217	45. De Inglaterra
221	46. Continuación de Inglaterra
226	47. De España
227	48. Del amor alemán
234	49. Un día en Florencia
242	50. El amor en los Estados Unidos
244	51. Del amor en Provenza hasta la conquista de Toulouse por los bárbaros del Norte en 1228
251	52. Provenza en el siglo XII
258	53. Arabia
268	54. La educación de las mujeres
274	55. Objeciones contra la educación de las mujeres
283	56. Continuación
289	56 ^{bis} . Del matrimonio
291	57. De lo que llaman virtud
292	58. Situación de Europa en cuanto al matrimonio
302	59. Werther y Don Juan
315	60. Del fiasco
320	Fragmentos diversos

395 Apéndice

395	De las cortes del amor
400	Código de amor del siglo XII
404	Datos sobre Andrés el Capellán
407	La rama de Salzburgo
420	Ernestina o el nacimiento del amor (Advertencia)
454	Ejemplo del amor en la clase rica de Francia

471 Notas de la traductora

475 José Ortega y Gasset: «Amor en Stendhal»

Prólogo

De cómo amó y cómo fue amado Stendhal

El otro día, pensando en la vida a lo largo del camino solitario sobre el lago de Albano, descubrí que mi vida podía resumirse en los nombres que aquí enumero y cuyas iniciales escribí en el polvo, como Zadig, con mi bastón, sentado yo en el pequeño banco detrás de las estaciones del calvario de los *Minori Observanti* construido por el hermano de Urbano VIII, Barberini...

Virginia (Kubly)

Angela (Pietragrua)

Adela (Rebuffel)

Melania (Guilbert)

Mina (de Griesheim)

Alejandrina (Petit)

Angelina (Bereyter), a la que nunca amé.

Angela (Pietragrua)¹

Matilde (Dembowski)

Clementina [Curial]

Giulia [Renieri]

Y por último, madame Azur, cuyo nombre de pila he olvidado², y ayer, imprudentemente, Amalia (Bettini).

La mayor parte de estas encantadoras criaturas no me honraron con sus bondades, pero han ocupado, literalmente, toda mi vida. Después de ellas, mis obras...

Esto escribe Stendhal en 1835, cuando, pasada la cincuentena, se pone, en Roma, a hacer la recapitulación de su vida para esa autobiografía inacabada a la que había de dar el título de *Vida de Henri Brulard*, con que hoy la conocemos. Y en otro lugar declara que el amor fue siempre para él el más grande de los *negocios* o más bien el único.

Creo que, a la vista de estas declaraciones –y de la historia de los amores de Stendhal con algunas de las mujeres que cita– cabe discutir el juicio de Ortega sobre la experiencia amorosa de Stendhal. «Stendhal ni verdaderamente amó ni, sobre todo, verdaderamente fue amado», dice en el espléndido estudio que da categoría excepcional a la presente edición de *Del amor*.

Claro es que, para la medida del amor, no existe un patrón oro irrecusable, como no sea –y quién sabe– el de la

1. Repite el nombre, probablemente, porque este amor tuvo dos etapas.

2. Albertina de Rubempré, a la que Stendhal llama «madame Azur» porque vivía en la Rue Bleu.

muerte, el de Romeo y Julieta. Pero a creer en la palabra del interesado y a juzgar por sus principales amores y especialmente por el que dio origen a este libro, si no se puede asegurar que verdaderamente fue amado, sí hay que admitir que verdaderamente amó.

Su diario íntimo, indiscutiblemente íntimo, escrito, y más que otros, como entonces se escribían los diarios, para el propio gobierno del interesado, nos da noticia contemporánea, directa y a veces muy circunstanciada de la temperatura erótica de Beyle en los varios accesos de amorosa fiebre que padeció y gozó entre los dieciocho y los treinta y dos años. Los principales de este período se llaman Melania Guilbert, condesa Daru (Alejandrina Petit) y Angela Pietragrua. Los demás —su escarceo adolescente con Adela Rebuffel, su *amour de tête* por Victorina Mounier, el *flirt* de guarnición en Brunswick con la aristócrata alemana Mina de Griesheim, el enredo (*pour les besoins physiques*, dice él) con la *seconda donna* de la Ópera Cómica, Angelina Bereyter— no son sino pasatiempos, paréntesis, complementos.

El amor que inspiró al Henri Beyle de veintidós años la actriz Melania Guilbert, en una época en que él andaba muy metido en proyectos e intentos de escribir teatro y frecuentaba a mucha gente de teatro y hasta tomaba de un actor famoso lecciones de declamación, es el primero de los suyos que, según la definición que nos dará más tarde en el presente libro, entra en la categoría del *amor pasión* o le anda muy cerca. Su trayectoria fue violenta y breve —en plenas facultades vitales no duró más que un año, aunque más tarde tuviera lo que el propio Stendhal

llama «algunas mediocres prolongaciones»— y la exposición de su desarrollo es una de las partes más valiosas del *Diario*, muy significativa como indicación de la personalidad de Stendhal joven, de su capacidad y su comportamiento en «el *negocio* del amor» y de su forma de entrega al mismo. Es además, junto con la «Consultation pour Banti», un precedente muy interesante del análisis del proceso erótico, ese análisis que Stendhal practicó empecinadamente a lo largo de todas sus experiencias amorosas y que culmina en el presente libro.

Estas páginas del *Diario* de Stendhal, junto con una serie de cartas a su hermana Paulina —preciosas cartas juveniles— y con declaraciones posteriores y siempre coincidentes del propio Stendhal sobre el alcance de esta aventura amorosa —quizá cuando un amor ha pasado es cuando más exactamente medimos su alcance—, demuestran, por lo pronto, que Beyle estuvo muy enamorado de Melania Guilbert. Pensando en la distinción de Ortega entre amor y enamoramiento, cabe dudar si este proceso erótico de Beyle llegó a aquél o se quedó en éste. Su brevedad invita a poner en duda su profundidad. Pero las aludidas páginas del *Diario* y las varias y arrebatadas cartas a Paulina en las que Beyle exalta a Melania en los términos más ditirámicos, hasta identificarla con la figura femenina histórica que él admiraba más, la madame Roland de la Revolución francesa, permiten afirmar que si aquello fue sólo un fagonazo, fue un fagonazo muy luminoso y muy intenso.

En cuanto a la otra parte, es más difícil valorar el grado de amor o de enamoramiento que Melania Guilbert, una actriz de segunda línea, sintió por Beyle, un joven pobre,

pero supuesto hijo de rico, que se codeaba con gente muy importante de la retaguardia napoleónica, que era pariente y protegido de uno de los personajes más poderosos del imperio, que llamaba hija suya a una niña que Melania había tenido de un seductor fugitivo, que estaba dispuesto a cederle su herencia y hasta invitaba a su hermana, muy querida, a que hiciera lo mismo. Y si las pruebas documentales por parte de Beyle, sus escritos, dan abundante testimonio de su amor o de su enamoramiento, de Melania queda sólo una carta, una carta excelente, reveladora de una mentalidad muy estimable, pero una carta demasiado razonable para ser de una mujer aturdida por los arrebatos del «amor pasión».

Pasados unos pocos años, en 1810-1811, entre los veintiséis y los veintisiete de Beyle, nos encontramos con las prolongadas disquisiciones especulativas y las maniobras de estrategia amorosa que le entretuvieron, sin arrebatarle, en torno al supuesto táctico que fue para él la condesa Daru, esposa de su pariente y protector Pedro Daru, el jefe supremo de la intendencia napoleónica. Pasada la cincuentena, Stendhal incluye a Alejandrina Petit-Daru entre las cuatro mujeres –Melania Guilbert, la condesa Daru, la condesa Curial y Matilde Viscontini-Dembowski– que pueden disputarse el título de mayor pasión de su vida. Pero un atento examen de sus escritos íntimos contemporáneos de este episodio amoroso –las numerosas páginas que le dedica en el *Diario* y la «Consultation pour Banti», donde se exponen las circunstancias de la «condesa Berulle», que es la condesa Daru, y la estrategia del cerco, bastante laxo, que le pone Banti, es decir, Beyle– inducen a creer que no, que Alejandrina

Petit-Daru no interesó nunca las capas más profundas del alma ni siquiera del cuerpo del sitiador. En mi biografía de Stendhal –me excuso por citarla, pero es que no hay otra en España– recojo las pruebas, documentales y psicológicas, que me hacen negar a esta pequeña historia la categoría de gran experiencia amorosa. La que más concluyente me parece es que, mientras el galán dispone y maneja sus baterías contra Alejandrina Daru –muy bien teóricamente, muy mal prácticamente–, no se produce ese fenómeno que, muy certeramente, señala Ortega como característico del enamorado: el angostamiento del horizonte emocional del sujeto, el empaldecimiento de todo lo que no sea la persona amada. En esta época de la batalla condesa Daru, Stendhal proyecta y distribuye su atención en un campo de intereses muy amplio y muy variado, que abarca hasta el sector erótico en otra dirección.

No clausurado aún el «negocio» Alejandrina Daru, Stendhal se va a Italia en viaje de recreo y se embarca en el fácil amor de Angela Pietragrua, cuya deslumbradora imagen había permanecido en el trasfondo sentimental de nuestro hombre desde que, en sus dieciocho años y vistiendo el uniforme de subteniente de dragones de las tropas napoleónicas, la conoció y la adoró en silencio, ya ella casada y amante por entonces de un compañero de Beyle de más alta graduación.

Es éste un amorío accidentado, dentro de una trayectoria muy convencional en la línea de los llamados amores fáciles –bastante difíciles a veces–. La aventura que, con un largo intervalo de ausencia, dura cuatro años (1811-1815, sin contar la adoración extática y callada del

subteniente de dragones en 1800) embriaga a Beyle con intensos perfumes de azahares italianos y le envuelve en los también mareantes azares de una complicada administración de sus favores que la pródiga Angiola maneja con ducho desparpajo.

La culminación práctica de este enredo se produjo en 1811, cuando el exteniente de dragones, ahora auditor del Consejo de Estado, inspector del Patrimonio de la Corona, vuelve de turista a las añoradas tierras italianas –y hace este viaje, repito, cuando todavía dura su torpe cerco a la condesa Daru, lo que demuestra una vez más el escaso calado de su interés por ésta–. Y cuando en 1814 emigra Beyle a Milán, ahora cesante y pobre, reanuda el trato erótico con la Pietragrua, aunque con menos entusiasmo. Entre quejas, veleidades de celos y discusiones crematísticas –a las que Beyle alude en su diario penosamente y rara vez–, las relaciones tardan aún unos meses en rendir hasta el fin la vertiente del descenso. Y acaban bruscamente, en una escena vodevilesca: el amante burlado mirando por el ojo de la cerradura a invitación de una criada resentida. Ante una evidencia tan groseramente realista, Beyle suelta una gran carcajada, se despide de la grandiosa Angiola desoyendo las disculpas de ésta, que le pide perdón prometiéndole amor, y se va. No tiene más remedio que encuadrar a la grandiosa Angiola, a la idealizada «condesa Simonetta», en la categoría de las *catins* –de las pelanduscas–. Pero todavía ennoblecera el caso añadiendo a la infamante palabra el gran adjetivo de la época: la llamará *catin*, pero la apellidará «sublime»: Angela Pietragrua quedará immortalizada en sus memorias como la «*catin* sublime».

En este caso, la afirmación –o la negación– de Ortega no admite discusión. En este caso, Stendhal ni verdaderamente amó ni verdaderamente fue amado.

Cuando verdaderamente amó –la recíproca es mucho más dudosa o no es ni siquiera dudosa, aunque, pasado el tiempo Stendhal diga que esta mujer le amaba y no quería decírselo– fue tres años después, cuando, en el mismo Milán, conoce a Matilde Viscontini-Dembowski. Como de esta experiencia nace directa e inmediatamente el libro *Del amor*, destaco aparte el resumen de su historia.

Después de Matilde Viscontini, y sin que nunca la olvidara –la revivió en las protagonistas de por lo menos tres de sus novelas, especialmente en la madame de Chasteller de *Lucien Leuwen*–, hubo otros episodios en la historia amorosa de Stendhal, sin que ninguno de ellos llegara a la profundidad del que vivió con Matilde Viscontini. Y no sólo porque éste ocupara en lo profundo de su ser un lugar irremplazable, sino, muy probablemente, porque desde su regreso a París en 1821 empieza a intensificarse en Stendhal otro tipo de «cristalización» muy absorbente: es entonces cuando comienza en serio su vida y su creación literaria. Y aunque él afirme, como hemos visto, que el amor fue siempre el principal negocio de su vida, y después de él sus obras, creo que el principal *negocio* de su vida fue el de escribir.

De las varias relaciones amorosas que Stendhal tuvo en esta etapa hay que destacar las que sostuvo con la condesa Curial.

«No tuve ninguna amante hasta 1824 –escribe Stendhal en *Recuerdos de egotismo*–, y fue por casualidad.

Sólo entonces dejó de ser desgarrador el recuerdo de Matilde. Ésta se transformó para mí en un fantasma tierno y que, con su aparición, me predisponía soberanamente a las ideas tiernas, buenas, justas, indulgentes...»

La nueva presencia viva que relegó el recuerdo de Matilde al reino vagoroso de los fantasmas queridos fue esta condesa Clementina Curial, la «Menta» o «Menti» «Condesa Berthois» o «Condesa Dulong» de los escritos íntimos de Beyle.

Clementina Curial, por su casa Clementina Beugnot, fue la amante de más rango social que Stendhal tuvo nunca. Era hija de un destacado personaje del mundo stendhaliano: la condesa Beugnot –madame Doligny en el *Diario*–, que hizo a su marido figura muy importante del imperio napoleónico y, seguidamente, de la restauración borbónica. Según varios testimonios contemporáneos y del propio Stendhal, «Menti» era muy exaltada y muy inteligente. Y tan independiente y tan rebelde desde niña que su padre tuvo gran empeño en desprenderse pronto de ella mediante el matrimonio: «... *cette grande fille dont je voudrais tant que tu me débarasses... elle me pèse sur les bras...*», escribía el conde Beugnot a su eficaz esposa. Y Clementina tenía sólo veinte años cuando le libró de ella el general de división, barón y después conde Curial.

Clementina y Beyle se conocían de antiguo, puesto que él era, desde años atrás, amigo muy cercano de la familia Beugnot. Al regreso de Milán se reanuda el trato. En 1822, cuando Stendhal revive su oscura saga matildiana corrigiendo las pruebas de la misma –el libro *Del amor*– en el parque de madame Beugnot, se produce un chispa-

zo entre la hija de ésta, ya casada, y Stendhal. «Mi melancolía –se lee en *Recuerdos de egotismo*– miraba con gusto los hermosos ojos de madame Berthois (léase Curial). En mi pasmo, yo no iba más allá. No me decía: ¿por qué me mira esta mujer?...»

Y fuera porque los hermosos ojos de Clementina insistieran muy expresivamente o porque se disipara un poco la niebla de melancolía que velaba los de aquel enamorado de una sombra, el caso es que llegaron a entenderse. Esto ocurrió en la primavera de 1824 –un año antes de la muerte física de Matilde–. Y durante dos años se amaron con todas las consecuencias. Fue un amor tumultuoso, accidentado, que ha dado lugar a versiones novelescas de vivo colorido. De este amor queda el testimonio de unas cartas cruzadas entre los dos amantes. En una de las primeras que «Menti» escribe a Beyle, cuando todavía le llama *monsieur*, le apremia: «Dígame, monsieur, cómo podremos vernos antes del lunes, aunque sólo sea diez minutos; irme al campo sin haberle oído decirme: “te amo” es superior a mis fuerzas». En otra carta, subsiguiente a una escena en la que el amante le hizo el reproche, tan vulgarmente masculino, tan poco propio de Stendhal, de no haber sido el primero, «Menti» se enfurece y le asesta a su vez, certeramente, unos cuantos mandobles y unas cuantas razones.

«Quisiera encontrar en mí –le dice– la suficiente dignidad para no hacerte gozar, al menos positivamente, de todo el dolor que me causas, pero en el horrible estado a que me veo reducida ya no me reconozco... El mes pasado estuviste atroz conmigo, y ¿por qué? Pues porque te había confesado una flaqueza. Tú, que has tenido cien

amantes, ¿tenías derecho a tratarme de ese modo?... ¡Qué pena encontrar infame al ser amado, no hallar más que barbarie y mal proceder cuando una se ha entregado con toda confianza y abandono!... ¡Ese hombre gordote al que yo amaba hasta el punto de creerle bueno!... Has dicho que me amabas, Henri, pero ¿dónde están las pruebas? ¿Acaso has procurado verme? Siempre me has huido. *Durante dos años evitaste una declaración y cuando te la hice me despediste a los ocho días*³. Sólo te has complacido en clavarme un puñal en el corazón y, sin embargo, todavía te amo, te amo...»

Y él también la ama, a su modo, que no es el modo con que amó a Matilde –quizá porque ésta no le dio ocasión– y que, pese a ser Clementina Curial, según sus biógrafos, una mujer de mucho «temperamento» –así le llaman los franceses–, no era el modo por ella preferido. Así, al menos, lo dice: «Quisiera pasar unos meses contigo y no poder concederte nada. Sólo entonces me creería verdaderamente amada. En cuanto a los alardes de cierto género, me aprovecho de ellos, pero no los estimo, y te juro que precisamente porque has estado demasiado sublime [¡hasta en esto la gran palabra romántica!], mi pasión disminuye. Me pareció un modo demasiado vulgar de demostrarme amor...».

Las cartas de Stendhal que conocemos, dirigidas a «Menti» en 1824, son invariablemente tiernas y humildes, con la ternura del amor realizado y sin el patetismo

3. Subrayo estas palabras porque demuestran que aquí el solicitado fue Stendhal (como lo fue, años más tarde, por una muchacha bella y rica, Giulia Renieri).

de las que el no realizado ponía en las dirigidas a Matilde. No las reproduzco por no dar excesiva extensión a este capítulo de la historia amorosa de Stendhal, aunque, después del capítulo Matilde Viscontini-Dembowski, me parece el más importante. Clementina Curial no fue la mujer más amada por Stendhal, pero creo que sí fue la que más le amó, porque fue la que más le admiró.

Pero había en este amor demasiados obstáculos. Y si los amores fáciles mueren, lentamente, de su facilidad, los difíciles acaban también por perecer estrangulados por su dificultad. Al desarrollo práctico y a la satisfacción moral de los de «Menti» y Beyle se oponían muchas cosas. Una de ellas la que Beyle señala en una carta a Clementina: el coche. El coche y lo que el coche representaba: la situación económica, social y familiar de «Menti», mujer muy amorosa y exaltada, pero no tanto como para tirar todo esto por la borda. Las entrevistas eran difíciles, siempre expuestas al encierro del amante en la bodega –recuérdese que Stendhal reproduce en *Rojo y Negro* uno de estos encierros–. Hasta que la Curial se decide a cortar por lo sano. La carta de ruptura le llegó a Stendhal estando él en Londres, a donde fue quizá a esperar que pasara una de las tormentas tan frecuentes en estas relaciones. A la vuelta intentó inútilmente reanudarlas. «Menti fue la que más dolor me causó al dejarme», escribirá Stendhal mucho después. Y otra vez se encontró «al borde del pistoletazo». Y otra vez acudió a la gran cura del trabajo creador poniéndose a escribir *Armancia*, su primera novela, en la que, como en las posteriores, trasfunde buena parte de lo que él acaba de vivir.

Pero como el amor de Clementina Curial por Henri Beyle nació principalmente de una gran admiración –lo que dice mucho en honor de su inteligencia–, persistió entre los examantes transformado en constante amistad. Y pasados diez años, Clementina Curial escribe a Beyle: «Te necesito; sólo tú eres mi apoyo para cobrar algunas fuerzas».

Del *roman de Métilde* que resumo a continuación resulta que Stendhal amó verdaderamente por lo menos una vez, y el episodio Clementina Curial que acabamos de resumir permite creer que fue verdaderamente amado por lo menos una vez –siempre que no pongamos demasiado alto, al nivel de Romeo y Julieta, el del verdadero amor–. Dadas las condiciones y circunstancias exteriores de Beyle y descartando posibles reacciones eróticas más o menos lindantes con la perversión, amor, buen amor de noble categoría me parece el hecho de que cuando Stendhal tiene ya cuarenta y un años –que eran entonces muchos años– y es feo y casi obeso, y ya no es alto funcionario de la administración napoleónica, sino pobre casi de solemnidad, y ha publicado sólo unos pocos libros a los que casi nadie da importancia, y está intoxicado de un amor desahuciado y secreto, y es agresivo y cáustico, y escandaliza a los caballeros con sus ideas políticas y a las damas con sus anécdotas subidas de color, la condesa Curial, desde su juventud y su alta posición, tenga la suficiente personalidad y la suficiente penetración para atravesar la espesa costra de un exterior nada atrayente, descubrir bajo ella al hombre excepcional y entregarse a él.

Le roman de Métilde

En 1814, Stendhal, que, según su propia frase, «cayó con Napoleón», decide trasladar su residencia de París a Milán, atraído en parte por el cálido recuerdo de varios breves períodos pasados en Italia, en parte porque sus magros recursos de *reformé* –900 francos anuales, más una pequeña renta vitalicia de la dote de su madre– duplican en Italia su valor adquisitivo, en parte porque le resulta insoportable la nueva situación política de su patria: restauración borbónica y regreso triunfal de los emigrados de la Revolución.

En los dos primeros años de lo que va a ser una larga residencia en Milán, hace algunos viajes por otras poblaciones italianas, trabaja en su *Historia de la pintura en Italia* y en *Roma, Nápoles y Florencia* y apura y liquida, como hemos visto, sus antiguas relaciones con Angela Pietragrua.

Además satisface en el teatro de la Scala –donde hoy se encuentra un busto suyo– su constante pasión de melómano, forma parte de la tertulia que se reúne todas las noches en el palco de Ludovico de Brême –donde conoce a Byron– y entra de lleno en el círculo, peligrosamente seductor, de los más significados escritores románticos de Milán –Silvio Pellico, Monti, Confalonieri, Vismara...–, que son a la vez representantes muy activos de la oposición liberal que lucha, a veces sólo a golpe de soneto, contra la tiranía austríaca regida por Metternich.

Amiga y correligionaria de estos escritores *carbonari* –y de otros *carbonari* no escritores– es una milanesa de veintitantos años, Matilde Viscontini por su familia, Ma-

tilde Dembowski por su matrimonio –ya disuelto de hecho en estas fechas–. Muy probablemente le pone en relación con ella Giuseppe Vismara, un abogado milanés muy amigo de Beyle. Y ante Matilde Viscontini-Dembowski cae Stendhal de bruces en un pasmado, wertheriano amor, en el gran amor de su vida, valga el tópico, prototipo si los hay de la categoría del «amor pasión» que el autor define en el presente libro, al que este amor dio origen.

Resumo aquí la historia de este personaje y de este amor, cuyo rastro ha seguido la investigación stendhaliana y que, desgraciadamente, no ha quedado, como quedaron otros, directa y minuciosamente registrado en un diario. El de Stendhal, comenzado en 1801, termina prácticamente en 1818, año en que sólo encontramos en él una detallada relación de un viaje que Stendhal hizo a la región de Brianza acompañado por Giuseppe Vismara, y en 1819 sólo esta breve nota, fechada el 15 de abril y sin duda alguna dirigida a Matilde: «Puedo hacerme el alegre cuando hay gente; pero, solo, me es imposible. Como creo que le soy a usted indiferente, mi tristeza debe de aburrirla. Estoy convencido de que *you love not me* (de que usted no me quiere). Me fastidia muchísimo que me digan: Ah, está usted triste, está enamorado. [...] Ayer, demasiado hablar, demasiado». Después, en el *Diario*, nada. Después, el diario de Stendhal es una gran parte del presente libro.

Pero quedaron como testimonio de este amor unos documentos importantes. Son nueve cartas, o los borradores de nueve cartas escritas por Stendhal a Matilde Dembowski. En ellas, salvo quizás en la primera, Sten-